



EL NOMBRE ROBADO

En el llamado Barranco del Charco Negro hay una supremacía nominal impropia, pues el nombre debería corresponder al Barranco o Arroyo del Cambrón, conforme a la nomenclatura aplicada en las corrientes fluviales, en la cual se respeta el nombre de la principal y pierden el suyo las afluentes o tributarias.

Cuando ambos arroyos se juntan al pie de la imponente y bella Peña de la Muela, mientras que el del Charco Negro sólo ha recorrido unos cuatrocientos metros desde su nacimiento, el del Cambrón trae en sus salobres aguas dos kilómetros o más desde su origen en el Cabozo.

Sin embargo, a partir de la confluencia, el acrecentado curso toma el nombre de Arroyo del Charco Negro y con él llega al Tajo, borrando el sonoro y significativo por toledano nombre del Cambrón, y asumiendo la confusión en sí, pues no puede ser arroyo y charco a la vez.

También es evidente que el Arroyo del Charco Negro, sabiéndose subsidiario, traza su curso en tangente hacia el del Cambrón, como buscándole y supongo que no para robarle el nombre, ni para absorberle, sino para sumarse a él, en tanto que éste, anchuroso y profundo, sabe cuál es su destino y se dirige hacia él, recto, casi solemne. Por lo tanto, aquí el capricho humano, al arrebatarse el nombre a la corriente principal, se ha hecho cómplice del robo, sumando al error la alevosía.

Teniendo en cuenta la orografía del entorno, vemos que la Peña de la Muela, así como el festón de riscos que bordean la cresta de su ladera oriental, prestan mayor grandeza al Barranco del Cambrón, constituyendo por este lado un bastión natural como defensa formidable del sepultado Villarte, cuya entidad histórica habla a los poetas y desdeñan los arqueólogos.

Por el contrario, el costado oeste de la meseta donde se asentó el poblado, correspondiente al Charco Negro, carece de grandeza, pues le forma una ladera con pequeños riscos, y aunque pina, es accesible.

La Peña de la Muela, que pertenece casi por entero al Arroyo del Cambrón, constituye por sí sola algo capaz de asombrar a los espíritus sensibles y a los buenos observadores: Emanada de la abrupta mole un algo extraño y misterioso, y vista de frente, desde el pie de la ladera, los profundos relieves que presenta la roca configuran, con rasgos precisos, un gran rostro leonino, y es de suponer que hace dos mil años, menos desgastados por la erosión, esos rasgos resaltarían de un modo mucho más patente y asombroso. Así lo reavivo en mi novela "Montrueque".

De todo ello es lógico deducir que los pobladores del "oppidum" carpetano que fué Villarte tuvieron al risco por algo totémico y con toda seguridad le utilizaban como lugar sagrado para eje-

cutar, por despeñamiento, a los reos condenados a muerte, según era costumbre en la mayoría de los pueblos antiguos.

De manera que la errónea quien pasó al arroyo el nombre exclusivo del Charco Negro, con menosprecio de la realidad. Por suerte el buen juicio de los santacruceños repara el fallo y a partir de la confluencia de los dos arroyos; llaman a todo ello Los Barrancos.

Y no es que yo desdeñe ni quiera relegar a menos al Charco Negro, pues tiene propia y legítima importancia, ya que su nombre se aureola con la leyenda de que en él habitaba el diablo, con lo cual la fantasía creadora está servida.

Jerónimo-Gregorio Navarro



Peña La Muela